

LA NOSTALGIA DE LA JUVENTUD EN "LA CELESTINA" DE FERNANDO DE ROJAS

Susana Pérez de Bravo

Licenciada en Letras, profesora agregada del área de Comunicación y Lenguaje, adscrita al Departamento de Ciencias Humanas de la Facultad Experimental de Ciencias. L.U.Z.

INTRODUCCION

"La Celestina" es una obra maestra por derecho propio, lo cual equivale a decir que valora la vida humana en una forma permanentemente llena de significado. Su visión del hombre en casa, en la sociedad, en el universo —del individuo en peligroso enfrentamiento consigo mismo, con otros y con las dimensiones de tiempo y de lugar— ha aumentado en relevancia a través de los siglos¹.

De aquí proviene la constante vigencia de una obra que, desde el siglo XV, ha sido arsenal de estudios críticos hasta nuestros días. Sí, arsenal que siempre brinda al que se acerca a ella multiplicidad de aspectos para analizar.

Escogemos, en esta oportunidad, una especie de dicotomía que se presenta en su personaje principal. Podrían señalarse varias, y no sólo en Celestina, sino también en los restantes personajes, pero nos referiremos ahora a la protagonista. Celestina aparece en la obra como una mujer de unos sesenta años, es decir vieja. Sin embargo, ella constantemente alude a su juventud, lógicamente como etapa concluida, y por lo tanto deja traslucir una especie de nostalgia de sus años mozos. He aquí la dicotomía: por una parte es joven a través de sus recuerdos, y, por otra, es vieja por los años que irremediamente le han caído en la realidad de la obra.

Para el análisis utilizaremos trozos textuales de la edición de "La Celestina" publicada por Salvat en 1970.

1 Stephen Gilman. Prólogo a *La Celestina* de Fernando de Rojas, Madrid, Alianza Editorial, 1976.

ANÁLISIS

Ante todo veamos qué concepto de la vida tiene Celestina, porque allí surge la dicotomía:

"... desean llegar allá (a la vejez) porque llegando viven, y el vivir es dulce y viviendo envejecen. Así, que el niño desea ser mozo, y el mozo viejo, y el viejo más, aunque con dolor. Todo por vivir, porque, como dicen, viva la gallina con su pepita. . ." (p. 63).

Estas palabras las pronuncia ante Alisa y Melíbea, a propósito de la juventud de esta última. Cuando se refiere al *vivir*, dice que es dulce y lógicamente alude a los años mozos, como lo encontramos en:

"Dios la deje gozar su noble juventud y florida mocedad, que es tiempo en que más placeres y mayores deleites se alcanzan" (p. 63).

Para ella *vivir* es ser joven y ser joven es gozar, es amar. He aquí un hedonismo propio del Renacimiento, en donde no se goza para ningún otro fin, sino que el goce es el fin último.

Cuando Celestina habla con Lucrecia, durante la reunión celebrada entre Areusa, Elicia, Sempronio, Pármeno y Celestina, expresa la añoranza de su época próspera y alude al concepto de la fortuna para explicar las mudanzas de la vida en su transcurso:

"... Bien parece que no me conociste en mi prosperidad, hoy ha veinte años. ¡Ay! ¡Quién me vio y quién me ve ahora, no sé como no quiebra su corazón de dolor! Yo vi, mi amor, a esta mesa donde ahora están tus primas sentadas, nueve mozas de tus días, que la mayor no pasaba de dieciocho años y ninguna había menor de catorce. Mundo es, pase, ande su rueda, rodee su alcaduces, unos llenos, otros vacíos. Ley es de fortuna que ninguna cosa en un ser mucho tiempo permanece: su orden es mudanza. No puedo decir sin lágrimas la mucha honra que entonces tenía; aunque por mis pecados y mala dicha poco ha venido en disminución. Y como declinaban mis días, así se disminuía y menguaba mi provecho. Proverbio es antiguo que cuanto al mundo es o crece o decrece. Todo tiene sus límites, todo tiene sus grados. Mi honra llegó a la cumbre, según quien yo era: de necesidad es que se desmengué y se abaje. Cerca ando de mi fin. En esto veo que me queda poca vida. Pero bien sé que subí para descender, florecí para secarme, gocé para entristecerme, nací para vivir, viví para crecer, crecí para envejecer, envejecí para morirme. Y pues esto antes de ahora me consta, sufriré con menos pena mi mal; aunque del todo no pueda despedir el sentimiento, como sea de carne sensible formada" (p. 112).

Es evidente la aceptación del paso del tiempo y sus consecuencias, por parte de Celestina. Con naturalidad entiende que fue joven y ya no lo es, (nuevamente la dicotomía que señalamos en la introducción) así lo determina la fortuna que todo lo cambia, que es inconstante. Ella acepta su estado pero no sin antes expresar 'aunque del todo no pueda despedir el sentimiento', ya que está formada de carne sensible. He aquí la nostalgia de lo que fue y ya no es. Claro está que aquí hace referencia a la prosperidad que tuvo cuando joven, cuando poseía varias pupilas que le producían buenos ingresos. La posesión del dinero también va asociada a la juventud, es decir a

sus buenos tiempos. La honra, entendida como la admiración y el respeto que sentían los importantes de la ciudad por este personaje que les brindaba variados y halagadores servicios, era un elemento que conjugaba con los años juveniles. Véase el tipo de honra del que habla Celestina, la honra de una putañera.

A través de sus innumerables consejos, como éste a sus protegidas, vuelve al elogio de la mocedad:

“... Gozad vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene y mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente. Como yo ahora por algunas horas que dejé perder cuando moza, cuando me preciaba, cuando me querían. Que ya, ¡mal pecado!, caducado he, nadie no me quiere. ¡Que sabe Dios de mi buen deseo! Besaos y abrazaos que a mí no me queda otra cosa sino gozarme de verlo...” (p. 110)

Aquí menciona un ‘arrepentimiento’ que también refleja nostalgia de lo que más pudo haber gozado en su juventud, y una forma de revivir aquella época es viendo a Sempronio con Elicia y a Pármeno con Areusa gozando del amor.

Este gozar en otros, este re-crear tiempos idos a través de otros como si fueran un espejo de lo que ella fue, lo encontramos cuando Celestina visita a Areusa para presentarle a Pármeno, su nuevo amante:

“Pues no estés asentada; acuéstate y métete debajo de la ropa, que pareces sirena. ¡Ay, cómo huele toda la ropa en bulléndote! ¡A osadas, que está todo a punto! Siempre me pagué de tus cosas y hechos, y de tu limpieza y atavío. ¡Fresca que estás! ¡Bendígate Dios! ¡Qué sábanas y qué colcha! ¡Qué almohadas y qué blancura! Tal vez sea mi vejez, cual todo me parece. ¡Perla de oro!... déjame mirarte toda a mi voluntad, que me huelgo” (p. 92).

Nuevamente aquí presente la juventud frente a la vejez. Celestina se complace mirando una silueta joven, ¿tal vez réplica de su cuerpo de años atrás?

Más delante Celestina, ante la timidez demostrada por Areusa al no querer que Pármeno la tocara, estando presente la vieja, le dice:

“¿Qué es esto, Areusa? ¿Qué son estas extrañezas y esquividad, estas novedades y retraimiento? Parece, hija, que no sé yo qué cosa es esto, que nunca vi estar un hombre con una mujer juntos, y que jamás pasé por ello, ni gocé de lo que gozas, y que no sé lo que pasan y lo que dicen y hacen...” (p. 96).

Aquí, otra vez intenta revivir su mocedad viendo a los dos enamorados y haciendo alarde de su experiencia, pero agrega:

“... Quedaos a Dios, que voyme sola, porque me hacéis dentera con vuestro besar y retozar; que aún el sabor en las encías me quedó, no lo perdí con las muelas” (p. 96).

Sentidas son estas palabras y evidencian que la vejez no ha logrado insensibilizarla.

En un consejo que Celestina da a su discípula Elicia, a propósito de una clienta de la vieja que solicitó sus servicios mientras ella no estaba, encontramos otra alusión

a su juventud; pero esta vez no es respecto al amor, sino respecto al oficio:

"... ¿Por qué tú no tomabas el aparejo y comenzabas a hacer algo? Pues en aquellas tales te habías de avezar y de probar, de cuantas veces me lo has visto hacer. Si no, ahí te estarás toda tu vida, hecha bestia sin oficio ni renta. Y cuando seas de mi edad llorarás la holgura de ahora que la mocedad ociosa acarrea la vejez arrepentida y trabajosa. Hacíalo yo mejor cuando tu abuela, que Dios haya, me mostraba este oficio; que a cabo de un año sabía más que ella" (p. 97).

Le recrimina a Elicia que no haya puesto en práctica el oficio que ella le ha enseñado, ya que desempeñándose de joven en esas artes de restaurar la honra de las mujeres de la sociedad, podría asegurarse su futuro económico para el día en que llegara a vieja. Aquí demuestra lo ágil que fue Celestina en el aprendizaje de tales oficios cuando joven y su razonamiento plantea una lógica: aprovechar la fuerza y dinamismo de la juventud para trabajar y labrarse un porvenir, de modo que cuando llegue la vejez, llena de experiencia pero desprovista de fortaleza, poder tener un buen pasar.

Al recorrer los buenos tiempos de esta medianera, nos encontramos con extensos relatos de cómo era halagada, solicitada (para ella sinónimo de honra) y bien pagada (sinónimo de prosperidad) por sus variados e importantes clientes; pero siempre encontramos expresiones de angustia ante la vejez presente y la juventud ausente, como por ejemplo cuando se dirige a Lucrecia:

"¿Trabajo, mi amor? Antes descanso y alivio. Todas me obedecían, todas me honraban, de todas era acatada. . . lo que yo decía era bueno, a cada cual daba cobro. . . mío era el provecho, suyo el afán. Pues servidores, ¡no tenía por causa dellas! Caballeros, viejos, mozos, abades de todas dignidades desde obispos hasta sacristanes. En entrando por la Iglesia, veía derrocar bouetes en mi honor como si yo fuera una duquesa. . . Unos me llamaban señora, otros tía, otros enamorada, otros vieja honrada. Allí se concertaban sus venidas a mi casa, allí las idas a las suyas, allí se me ofrecían dineros, allí promesas, allí otras dádivas, besando el cabo de mi manto, y aun algunos en la cara por me tener más contenta. Ahora hame traído la fortuna a tal estado que me digas '¡Buena pro te hagan las zapatas!' . . . Como la clerecía era grande había de todos; unos muy castos, otros que tenían cargo de mantener a las de mi oficio. . . Espesos como piedras a tablados, entraban muchachos cargados de provisiones por mi puerta. No sé cómo puedo vivir en tal estado" (p. 112-113).

Es curioso ver cómo una persona de tal calaña era reverenciada sobre todo por las dignidades eclesiásticas. Esto también formaba parte de esa 'honra' tan particular que Celestina añoraba, honra no ganada por buenas obras, sino por malas artes, por trabajos que iban contra la moral. Los recuerdos de la juventud siempre terminan en el lamento de haber llegado a vieja 'cayendo en tal estado'. Hay una especie de balanceo entre juventud-vejez, pero esta última pesa más porque es real.

Cuando Celestina habla con Sempronio acerca de las muchachas jóvenes enamoradas, después de pormenorizar sus actitudes, dice:

"... Requieren las cabrillas y el norte haciéndose estrelleras. Ya cuando ven salir el lucero del alba, quiéreseles salir el alma: su claridad les

oscurece el corazón. Camino es, hijo, que nunca me harté de andar. Nunca me vi cansada. Y aun así, vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo. . ." (p. 57).

Amante fogosa fue Celestina en su mocedad, como todas. Ahora vieja, aún algo de ese fuego queda, pero la realidad es diferente.

Vemos también la universalmente tradicional coquetería femenina de disminuirse la edad, o por lo menos de querer hacerse ver con menos años de los que realmente tiene:

"... ¿No has leído que dicen: vendrá el tiempo en que en el espejo no te conocerás? Pero también yo encanecí temprano y parezco de doblada edad. Que así goce desta alma pecadora y tú (a Melibea) de ese cuerpo gracioso, que de cuatro hijas que parió mi madre yo fui la menor. Mira cómo no soy vieja como me juzgan" (p. 65).

Así como en la juventud se conjugan amor, honra, trabajo productivo y dinero, en la vejez lo contrario:

"... las (necesidades) mías, de mi puerta adentro me las paso, sin que las sienta la tierra, comiendo cuando puedo, bebiendo cuando lo tengo. Que con mi pobreza jamás me faltó, a Dios gracias, una blanca para pan y cuatro para vino, después que enviudé; que antes no tenía yo cuidado de lo buscar, que sobrado estaba en un cuero en mi casa, uno lleno y otro vacío. Jamás me acosté sin una tostada en vino y dos docenas de sorbos, por amor de la madre, tras cada sopa. Ahora, como todo cuelga de mí, en un jarrillo, ¡mal pecado!, me lo traen que no cabe dos azumbres. Seis veces al día tengo que salir, por mi pecado, con mis canas a cuestras, a le henchir a la taberna. Mas no muera yo de muerte hasta que me vea con un cuero o tinaja de mis puertas a dentro, que, en mi ánima, no hay otra provisión. Así, que donde no hay varón todo bien fallece. . ." (p. 65).

Aparece aquí otro elemento que tradicionalmente en la literatura acompaña a la vejez de este tipo de personajes: el vino (por ejemplo en la comedia latina). El vino como único aliciente y compañero de la trotaconventos. Más adelante agrega un extenso elogio del vino y sus virtudes:

"... Poneos en orden, cada uno cabe la suya (a Sempronio y Elicia, Pármeno y Areusa); yo, que estoy sola, pondré cabe mí este jarro y taza, que no es más mi vida de cuanto con ello hablo. Después que me fui haciendo vieja, no sé mejor oficio a la mesa que escanciar. Porque quien la miel trata, se le apega della. Pues de noche en invierno no hay tal escalentador de cama. Que con dos jarrillos déstos que beba cuando me quiero acostar, no siento frío en toda la noche. Desto aforro todos mis vestidos cuando viene la Navidad; esto me calienta la sangre; esto me sostiene continuo en un ser; esto me hace andar siempre alegre; esto me para fresca; desto vea yo sobrado en casa, que nunca temeré el mal año. . ." (p. 106-107).

Nuevamente surge la dicotomía ya que contrapone la pobreza y carencia en la vejez, frente a su pasado juvenil, en vida de su marido, cuando no tenía necesidad de buscarse su propio pan y su propio vino porque lo tenía sobrado.

A propósito de la vejez, Rojas nos da una real y detallada descripción de la misma a través de Celestina:

"...Que, a la mía fe, la vejez no es sino mesón de enfermedades, posada de pensamientos, amiga de rencillas, congoja continua, llaga incurable, mancilla de lo pasado, pena de lo presente, cuidado triste de lo porvenir, vecina de la muerte, choza sin rama que se llueve por cada parte, cayado de mimbre que con poca carga se doblega... sus daños e inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre; aquel arrugar de caras, aquel caudar de cabellos su primera y fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de la boca, aquel caer de dientes, aquel carecer de fuerza, aquel flaco andar, aquel espacioso comer..." (p. 63).

Impresionante presentación de la vejez, con pocas palabras resume el retrato material y espiritual de la misma por boca de la propia Celestina. En efecto, ella, como verdadero 'cayado de mimbre que con poca carga se doblega', termina su vida a manos de los dos criados de Calisto, Sempronio y Pármeno, quienes eran jóvenes y no le perdonaron su avaricia para con ellos, de modo que el afán del dinero y el incumplimiento de la palabra empeñada fueron las causas de su muerte. Se vislumbra entonces, una especie de incomprensión por parte de los jóvenes, que por su ímpetu y poca reflexión propios de esta etapa de la vida, emprenden contra la anciana indefensa por sus años y a la vez desesperada por juntar dinero ante la proximidad de su fin.

Antes de morir increpa a sus socios así:

"...¿Qué es esto? ¿Qué quieren decir tales amenazas en mi casa? ¿Con una oveja mansa tenéis vosotros manos y bravezas? ¿Con una gallina atada? ¿Con una vieja de sesenta años?..." (p. 137).

Pero sus palabras no logran detener la ira de Sempronio y Pármeno, los que logran matarla rápidamente. Así, la vieja Celestina y sus artimañas, terminan ante la fuerza juvenil que reclama el dinero prometido.

Hemos recorrido la obra para tratar de rastrear la dicotomía mencionada en la introducción: juventud-vejez de Celestina, en la que se da la nostalgia por los tiempos idos y vividos. Una vez más comprobamos la maravillosa humanización de los personajes de Rojas. Su verdadero latir humano. Ella, Celestina, también vive y siente la añoranza de la juventud y el peso de la vejez, claro que a su manera, a la manera de una mujer de su clase y de su oficio; pero totalmente humana.

CONCLUSION

Celestina, en realidad, es el eje de la tragicomedia porque prácticamente es ella quien dirige las vidas de los personajes que actúan a su alrededor. Gilman dice en su prólogo "...Ella es el dictador de la ávida república de la naturaleza, la titiritera no sólo de sus clientes, sino también de todas las vidas que caen dentro de su horizonte vital... Lo que en última instancia importa es su valor, su ferocidad mental, su fe en sí misma y en su modo de vida"².

Este modo de ser es lo que ha hecho que el personaje haya sobrepasado los límites de la obra y haya pasado a la literatura con una existencia propia a través de los siglos, como Don Quijote, El Lazarillo de Tormes y Don Juan Tenorio.

La dicotomía que hemos tratado de presentar forma parte de esas características humanas universales que conforman este verdadero prototipo, objeto de nuestro análisis.